

Sergio Martínez Luna

Puntos de suspensión.
Lugares sin lugar.
Investigación, proyecto y
creación en la globalización.



**Puntos de suspensión. Lugares sin lugar.
Investigación, proyecto y creación en la globalización.**

Sergio Martínez Luna

Resultan innegables las transformaciones que están sucediendo en las esferas de la comunicación y la información -especialmente como consecuencia del desarrollo de las nuevas tecnologías y de la imagen electrónica- en paralelo a la redefinición de los sistemas históricos de acumulación y organización social. Estos procesos afectan también a los marcos espaciales de la sociedad y de las experiencias subjetivas que demandan teorías sociales informadas por nuevas formas de imaginación geográfica y política. Asistimos a configuraciones inéditas de los espacios de la imagen y la información junto a la reestructuración de ciertas geografías organizadas alrededor de la expansión planetaria de los flujos de información. Entre otras consecuencias estos cambios han llevado a la erosión de los límites del estado nación o al desarrollo de nuevas formas de prácticas locales esforzadas en alcanzar una determinada relevancia en relación a la escala planetaria que han tomado las comunicaciones globales.

El movimiento de información, imágenes, personas, culturas y bienes parece comprimir las distancias físicas que habían venido dibujando “naturalmente” los límites de la nación o la comunidad. Al mismo tiempo se demanda una aproximación intelectual a estos cambios construida en relación a modelos teóricos atentos a las complejas dimensiones simbólicas de los lenguajes y las culturas.

Los desplazamientos de la economía y las transformaciones tecnológicas han conducido a la emergencia de mercados e industrias planetarios de la imagen que apuntan hacia una masiva deslocalización de la producción y el consumo audiovisual basada en el establecimiento de sistemas transnacionales de circulación. Los desarrollos de la producción local y la distribución regional delimitan espacios transitorios en los que toman relieve modos de consumo no pasivos que fomentan la fragmentación planificada de los mercados y la especificación de segmentos dentro del conjunto de las audiencias mundiales¹. De este modo se han desarrollado diseños cada vez más sofisticados dirigidos a los ámbitos locales y regionales sobre los que simultáneamente se proyecta la esperanza de retener o

¹ Véase David Morley y Ken Robins, *Spaces of Identity. Global Media, electronic landscapes and cultural boundaries*. London , New York. Routledge, 1995.

declinar mínimamente las derivas centrífugas hacia la aculturación. La tensión entre global y local es tanto una oposición como una alianza. El gran relato de la globalización se despliega sobre la superficie allanada por la multiplicidad de apropiaciones locales de ese impulso transterritorial, redibujándose la imagen global en los ensamblajes abstractos de lo multicultural. Por su lado las historias, voces e imágenes de lo local encuentran parte de su prestigio levantándose contra la pantalla difusa de lo global, escenario en el que resalta más nítidamente la especificidad de una u otra cultura -esperando así dificultar las tendencias expansivas de la globalización.

Esta oposición es una dialéctica construida que se repite bajo distintos aspectos en el conjunto de discursos socioculturales y geopolíticos que se ocupan de la globalización. La tesis de que en el ensamblaje de lo local y lo global surgen nuevos modelos de política está ligada a la experiencia del debilitamiento de los límites del estado-nación moderno. La erosión de esas fronteras, cuyo establecimiento está vinculado al proyecto de la modernidad europeo occidental, abriría la posibilidad de pensar modos de compartir obturados hasta hace poco por la regulación “nacional” de territorios e identidades y la persistencia de una experiencia lineal del tiempo alrededor de la cual revolotean los espectros del origen y del destino. Entendida así, la dialéctica entre global y local es también un marco teórico desde el que abordar la crisis del sujeto político moderno y sus formas clásicas de habitación, asociación o lealtad.

Peter Sloterdijk ha señalado que el debilitamiento de la relación que sujetaba el espacio real e imaginado del estado-nación desemboca en nuevos espacios de discusión en torno a los que se negocian modelos del habitar que estarían tensados entre lo que denomina “*el sí mismo sin lugar*” y “*el lugar sin sí mismo*”. En el primero -Sloterdijk propone como ejemplo la diáspora judía- entra en crisis la lógica identitaria del territorio como lugar ya siempre dado desde cuya estabilidad es posible construir las regulaciones de la inclusión y la exclusión. En el segundo Sloterdijk sitúa lo que la geografía humana denomina zonas de Anecúmene -desiertos, áreas de montaña, océanos, selvas deshabitadas o inhabitables. Junto a estos espacios están los *desiertos secundarios*, obra del ser humano, a los que Marc Augé llamó *no-lugares*. Se trata, como es conocido, de (no)lugares de tránsito, que estimulan el tráfico, diseñados para evitar la identificación y la demora: aeropuertos, centros comerciales o turísticos, parques temáticos...²

² Véase Peter Sloterdijk, *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid, Siruela, 2007. Trad. Isidoro Reguera. Pág. 185- 186. Véase Marc Augé, *Los no-lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona, Gedisa, 1994, Trad. Margarita Mizraji.

Aunque las sociedades contemporáneas se proyectan fuera de los límites establecidos del territorio para penetrar en la experiencia de una intensa movilidad transfronteriza se hace difícil definir modos de habitabilidad ya que esa movilidad va en paralelo con la proliferación planetaria de no lugares. Sin embargo los dos polos parecen asimétricos al menos a la hora de observar sus reelaboraciones contemporáneas: si es posible imaginar desde la movilidad transnacional otros modos de vida parece más difícil elaborar esas alternativas desde el polo refractario del no lugar. Además, los modos de vida enunciados desde el polo del sí *mismo sin lugar* pueden desembocar en la experiencia congelada del no lugar. Por otro lado resulta más difícil que sea posible pensar esos modos de vida desde el extremo enfriado del desierto secundario. Para Sloterdijk el terreno medio entre ambos extremos se encuentra cada vez más comprimido: considera a este espacio al margen de la tensión entre los dos polos en la medida en que sería un terreno, hasta cierto punto residual, donde encontrarían su lugar culturas regionales tardías y placeres ligados al suelo.

Me gustaría proponer una aproximación a otro tipo de espacio entre esos dos polos entendiéndolo más bien como el terreno intermedio donde se juegan y se resuelven transitoriamente las tensiones entre ambos extremos. Este es un espacio distinto del que considera Sloterdijk, si bien se encuentra en ocasiones también adelgazado por la presión de los dos términos.

Para Sloterdijk la enunciación de vida alternativas a partir de la debilitación de los límites del estado nación desde el polo del *si mismo sin lugar* se encuentra claramente formulada en la obra del antropólogo Arjun Appadurai. Querría desplazar las conceptualizaciones del teórico indionorteamericano desde el polo en el que las sitúa Sloterdijk para colocarlas precisamente en ese terreno intermedio entre los dos extremos. El lugar incierto de imaginación y enunciación -al que parafraseando a Homi Bhabha podríamos denominar "*in-between*"³- de modos de vida más o menos disidentes con la globalización homogeneizadora no se ha de explorar sólo en uno de los polos definidos por Sloterdijk sino en el límite inestable en el que ambos se entrecruzan. Se trata de pensar la posibilidad de un espacio en el que se encuentren articuladas dialécticamente tanto las posibilidades de imaginar modos de participación y existencia como la imposibilidad de habitabilidad que conlleva el no lugar.

La aproximación a este lugar sin lugar se ha venido llevando a cabo a partir de la introducción en los discursos de la teoría cultural contemporánea de términos como

³ Véase Homi Bhabha, *The Location of Culture*. London, Routledge, 1994.

hibridación, traducción cultural, marginalidad o frontera. Este último es un territorio real, imaginado y metafórico, pero también un concepto alrededor del cual se han venido generando discursos implicados tanto en la redefinición de las políticas culturales como de los presupuestos metodológicos y epistemológicos de la teoría cultural. Al prestar atención a las maneras en que las distintas articulaciones entre los dos polos definen las posibilidades de imaginar y materializar otros modos de vida se plantea también la ampliación del campo definido por esa polarización más allá del referido a la experiencia contemporánea del espacio. Aquí me centraré en cuestiones referentes a la producción y la institucionalización de los saberes y en la aplicación de este conjunto de problemas al análisis de lo que hoy bien puede llamarse la geopolítica mundial del arte⁴.

El conocimiento contemporáneo y la idea de investigación.

El análisis que Appadurai propone para acercarse al fenómeno de la globalización comparte con Sloterdijk la necesidad de superar dicotomías lineales entre lo global y lo local. La globalización es una posibilidad de superar viejas divisiones o modelos duales de pensamiento organizados en torno a las lógicas del centro y la periferia. Appadurai propone modos de análisis basados en los flujos de capital, información e imágenes que generan conflictos pero también esferas de acción con posibilidades inéditas de negociación social. La complejidad de la economía y la cultura global se resuelve usualmente entre el alarmismo por el empobrecimiento de la heterogeneidad cultural y la celebración multicultural del consenso planetario. Si bien Appadurai podría situarse dentro de una cierta perspectiva celebratoria de la globalización introduce el término de “disyunción” (*disjuncture*) para caracterizar las relaciones conflictivas entre política, economía y cultura; el postfordismo ha de entenderse tanto desde sus alianzas transitorias estratégicas como desde sus rupturas y sus ensamblajes forzados⁵. ¿Cuál es el marco teórico que Appadurai elabora para el análisis de estos flujos y disyunciones? Con el sufijo común “scape” define cinco dimensiones de la cultura global. En primer lugar, *ethnoscapes*, el paisaje de personas que configura la movilidad contemporánea -turistas, refugiados, inmigrantes...-, capaz de remodelar los órdenes geopolíticos heredados -este es el término que, entendido como una dimensión de la imaginación socio-espacial, está para Sloterdijk más próximo al polo del sí mismo sin lugar-. Segundo, *technoscapes*, la distribución global y transfronteriza de las

⁴ Según la expresión de Joaquín Barriendos Rodríguez en *Global Arts of Mobility: (Trans)Cultural Shifts in the International Contemporary Art- System*, en home.medewerker.wa.nl/m.g.bal/pages3.html. (Consultado en septiembre de 2008).

⁵ Véase Arjun Appadurai, *Disjuncture and difference in the global economy*, en Simon During (ed.) *The Cultural Studies Reader*. London, New York. Routledge, 2007. Pág. 216-226. Estas ideas están desarrolladas en *Modernity at Large*. Minnesota. University of Minnesota Press, 1996.

tecnologías. A su vez la posibilidad de la circulación masiva de las tecnologías está en relación con la flexibilidad del capital global que define un conjunto de paisajes que Appadurai denomina *finanscapes*. Es posible que estos tres *scapes* dibujen, sugiere Appadurai, una suerte de infraestructura basada tanto en la articulación estratégica como en la disyunción, sobre la cual se levantarían paisajes en los que las imágenes son centrales y que denomina *mediascapes* e *ideoscapes*. Los primeros se refieren a las posibilidades de producción y distribución de la información que la tecnología facilita, así como a las imágenes y los relatos del mundo, que esos media generan. Vinculados a las lógicas contemporáneas de producción y distribución de la imagen se encuentran también los *ideoscapes*, paisajes en los que, no obstante, se hace explícita una vocación por acceder al poder político. Se trata de la forma en que circulan imágenes y discursos concernientes a las narrativas ilustradas de la libertad, la democracia o los derechos humanos.

Son muchas las sugerencias que el marco teórico propuesto por Appadurai contiene para entender los procesos de producción y distribución de sujetos y conocimientos, imágenes y discursos. Aquí me gustaría detenerme en el uso que hace del sufijo común -“*scape*” y en la fuerza que alimenta las posibilidad de redefinir ese conjunto de procesos, la imaginación. Con el sufijo “*scape*” Appadurai pretende sacudirse el peso de la tradición sociológica de la observación objetiva de los hechos sociales; introduciendo la noción de “*scape*” subraya que las relaciones entre las dimensiones de lo global no están objetivamente dadas sino que establecen diferentes ángulos de visión implicados con las posiciones históricas, lingüísticas y políticas de los actores, es decir, estados-nación, comunidades desplazadas, multinacionales, grupos económicos o políticos, así como individuos y redes locales. “*Scape*” define ciertos espacios de atención y acción, regímenes de visibilidad y perspectiva cuyos límites son modelados por un conjunto de discursos en revisión constante. La apropiación y el uso que los agentes hacen de estas esferas modela su propia experiencia y las dimensiones y límites de éstas. Es lo que Appadurai llama “mundos imaginados” -un desbordamiento de las “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson.

La imaginación es la facultad a partir de la cual es posible someter a cambio esos mundos. Los diversos flujos de objetos, imágenes y discursos que configuran esos paisajes no son convergentes ni están sincronizados, los caminos que recorren presentan diferentes temporalidades y ejes espaciales. Se trata de fenómenos organizados en torno a disyunciones que tensan las negociaciones acerca de, por ejemplo, la justicia y la igualdad o la producción y la distribución de los saberes. La mediación electrónica global genera imágenes de

justicia social, acceso a la educación, movilidad -geográfica, laboral e identitaria⁶- o logro social basado en el consumo de bienes que habitualmente no pueden ser cumplidas dentro de los contextos en los que esas imágenes son recibidas. Como recuerda Appadurai, estos ejemplos representan problemas locales cuya discusión no puede abordarse sólo dentro de los límites de esos contextos locales. La imaginación en la vida social vendría a cumplir el papel de instancia crítica capaz de medirse desde lo colectivo y lo cotidiano con estos problemas⁷. La imaginación supone la posibilidad de una globalización pensada “desde abajo” -una política emancipatoria de la globalización ejercida desde la vida social colectiva y cotidiana de las comunidades. La imaginación no se entiende aquí como parte de la individualidad del genio creador ni como huida de la cotidianidad, tampoco es un concepto que se agote en el uso clásico que ha hecho de él la estética -aunque quizás esté cercano a la aproximación de Jacques Rancière a la estética como (re)distribución de lo sensible. La imaginación es una facultad que posibilita la experiencia de la vida cotidiana de las personas haciendo posible considerar la migración, resistir la injusticia social o diseñar nuevos vínculos sociales. La imaginación es un hecho social colectivo que, enunciado localmente, es capaz de reconocer cómo la escala de los problemas que se plantean desborda su inserción contextual. Por ello se encuentra tensionado entre el control global que llevan a cabo los mercados, la militarización o las industrias culturales y la capacidad de diseñar modelos colectivos de desobediencia que se materialicen en nuevos modos de vida. Como hecho social la imaginación encuentra la fuerza para inclinarse hacia esta última posibilidad sólo en la medida en que es capaz de crear *localidad*, entendida ahora como hecho espacial y como sensibilidad.

El lugar de la imaginación -lugar de *poièsis* y puesta en común- tal como es conceptualizado por Appadurai se encuentra más bien en el terreno intermedio entre los dos polos que Sloterdijk llamó *sí mismo sin lugar y lugar sin sí mismo*. Desde él proponemos la ampliación de esa oposición para comprender otras esferas y radios de acción, otros “*scapes*” -en este caso aquellos referidos a las localizaciones epistemológicas de los saberes contemporáneos y a la actual organización geopolítica del arte, lo que podríamos llamar *artscapes* contemporáneos.

Algunas de las reflexiones más intensas sobre la relación entre espacios e imaginación

⁶ Pero se trata de una movilidad que ya no es jerárquica sino reticular e hiperconectada.

⁷ Véase Arjun Appadurai, *Grassroots Globalization and the Research Imagination*, en Arjun Appadurai (ed.) *Globalization*. Durham, London. Duke University Press, 2001. Pág. 6.

geográfica y localizaciones epistemológicas han venido desde las articulaciones entre los discursos críticos provenientes de los estudios culturales y poscoloniales. Walter Mignolo ha situado uno de los puntos cruciales de convergencia entre ambos discursos en la obra de principios de los años noventa de Stuart Hall -lo que llama el “giro Stuart Hall”⁸. Para Mignolo confluyen en este momento la preocupación por una crisis de legitimación en las ciencias sociales y las humanidades, la crítica a la razón occidental (pos)colonial y un interés por las nuevas formas en que ésta última se comienza a rescribir gracias a un giro en los parámetros de la economía capitalista capaz ahora de desbordar las fronteras dentro de las cuales esa razón había encontrado su legitimación y a partir de las que había diseñado su expansión imperial-colonial. Para Hall la presencia simultánea y conflictiva de modelos de expansión vinculados al estado-nación y aquellos más próximos a la globalización deslocalizada esbozan las posibilidades de invención de lo local. Allí reconoce la emergencia de sujetos locales que cuentan sus propias historias, posibilidad impedida hasta entonces por una razón colonial que sólo los consideró como objeto pasivo de conocimiento, excluidos del saber universal cuyo sujeto abstracto era la humanidad. Se trata de una forma de invertir la hegemonía de la posesión epistemológica -una forma totalizadora de observar “desde arriba”, central en las ciencias humanas y en la configuración de la mirada moderna- y sus tendencias descontextualizadoras desde la demanda por la localización de las narrativas vencedoras.

La disyunción de la globalización que posibilita la simultaneidad de historias locales y favorece la tensión del presente en detrimento de las legitimaciones tradicionales apoyadas en el pasado monumentalizado enuncia además una pregunta dirigida a los esquemas epistemológicos de la modernidad. Mignolo subraya que es posible cuestionar las nociones de una aproximación objetiva al mundo y de un conocimiento, generado en tal operación, que sea inmediatamente generalizable. Es necesario preguntarse por el lugar desde donde ese conocimiento se universaliza y por las exclusiones e inclusiones que tales procesos de abstracción conllevan. La emergencia del Otro como afirmación de una particularidad radical reclama un punto de vista más complejo -otro régimen de la mirada- capaz de proponer nuevas localizaciones y posiciones éticas. La globalización crea las condiciones

⁸ Véase Walter D. Mignolo, *Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de los conocimientos*. www.javeriana.edu.co/pensarRev34hilm (consultado en septiembre de 2008). Véase Stuart Hall *The Local and the Global: Globalization and Ethnicity*, en Anthony King (ed.) *Culture, Globalization and the World System*. London, McMillan, 1990. Págs. 19-39. Para un tratamiento amplio de estas cuestiones en Mignolo véase su *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges and Border Thinking*. Princeton, Princeton University Press, 2000.

de cuestionamiento de las epistemologías modernas en los momentos críticos de su inserción en lo local, en los que los procesos globales se hacen transitoriamente visibles:

El punto de intersección entre historias locales y diseños globales da lugar a las epistemologías fronterizas como conocimiento crítico local (tanto en Europa como en América o África) que debería restituir a los agentes locales el espacio para la producción de conocimiento subsumida por los mecanismos coloniales e imperiales de subalternización⁹.

La idea de una epistemología fronteriza generada a partir de la relación entre las nuevas geografías que el capitalismo global dibuja y las localizaciones epistemológicas por las que transitan los saberes -hegemónicos y subalternos- remite de nuevo a ese espacio de intersección desde el que sea posible imaginar en los términos ya propuestos. Así, el papel de esa facultad ha de reconocerse también en el ámbito del conocimiento y la investigación¹⁰.

Si el saber contemporáneo ha de prestar una atención más sofisticada a cuestiones como la localidad, la traducción cultural o la movilidad es necesario, anota Appadurai, alejarse de las tradicionales geografías de “rasgos” favoreciendo geografías de “procesos”. Éstas últimas resultan más adecuadas para pensar las dinámicas sociales de producción de localidad que alimenta la imaginación social. La geografías de “rasgos” responden a una lógica de organización inmóvil que da por sentada las fronteras históricas, políticas y epistemológicas. Incluso desde un discurso de límites disciplinarios más flexibles como es el de las humanidades la interdisciplinariedad es entendida a menudo como la simple yuxtaposición de disciplinas a través de las que se acaban por mantener, cuando no reforzar, las fronteras disciplinarias previas¹¹. Queda así sin pensar que el conocimiento contemporáneo se organiza en regiones cuyos límites están en constante transformación, por mucho que esos procesos se traten de estabilizar desde las esferas académicas -que, adoptando esta estrategia permanecen siempre un paso por detrás de los protocolos de creación de significado cultural del presente, renunciando al papel central que en su puesta en común deberían de desempeñar.

Volviendo a los términos que tomamos prestados a Sloterdijk, los saberes contemporáneos

⁹ Walter Mignolo. Op. Cit. Pág. 11.

¹⁰ Véase Arjun Appadurai. Op. Cit

¹¹ Y en el contexto de esta deriva sería más adecuado hablar de multidisciplinariedad, es decir, acumulación de disciplinas y saberes.

viajan actualmente entre espacios políticos, cognitivos y académicos como *sí mismos sin lugar*. Por otro lado, cuando se demanda de estos saberes su estabilización o su abstracción el conocimiento contemporáneo penetra en el área del *lugar sin sí mismo*, el no lugar de su institucionalización y burocratización. Sin embargo resulta de nuevo problemático anclar en un solo polo la aproximación “correcta” al fenómeno de lo global y sus saberes. Al hacerlo se corre el riesgo de caer en la celebración de la ubicuidad o en la fetichización de la frontera -en cuanto que espacio que es posible cruzar una y otra vez sin resto, con las, al parecer, necesarias consecuencias de intensificación de la creatividad cultural y de la movilidad identitaria.

Los dos polos se repelen y se atraen simultáneamente; es necesario explorar y problematizar el espacio que se abre entre ambos -una estructura de tensión mutua-, densificar los intersicios entre los flujos de saberes transfronterizos y sus distintos acotamientos epistemológicos y académicos. En los términos de una teoría de la frontera -como ha sido replanteada por Scott Michaelsen y David E. Johnson- poner en tensión este espacio intersocial es preguntarse por el límite de las identidades discursivas y por la identidad de las disciplinas¹². Reclamar que se cuestionen los procesos de acceso a las zonas de contacto fronterizas no quiere decir que se abogue por la identificación y la retención de conceptos y prácticas; tampoco supone renunciar a las posibilidades que esa circulación abre para la creatividad cultural o las demandas de justicia social. Se trata de desplazar el *locus* de lo transfronterizo o multidisciplinar, asociado a una política progresista que, sin embargo, es apropiado demasiado fácilmente por el discurso de lo multicultural -la estetización liberal del no lugar de evacuación de lo social- o el de la celebración del consenso disciplinar -el no lugar académico de acumulación de saberes y materias-.

Registrar, entonces, las exclusiones sobre las que se fundan las políticas culturales de la globalización y la diversidad para señalar sus disyunciones. En este sentido es necesario recordar que la movilidad transfronteriza -social, laboral, cultural, identitaria- no funciona ya jerárquicamente sino a través de lógicas en red en las que, según Luc Boltansky y Eve Chiapello, no hay lugar para la cuestión de la justicia. Es imposible plantearse siquiera “ la copresencia en un mismo espacio, algo que permite, por simple aproximación, cuestionar la relación existente entre la miseria de unos y la felicidad de los otros.” En las lógicas de la movilidad en red:

¹² Véase Scott Michaelsen y David E. Johnson (ed.), *Teoría de la frontera. Los límites de la política cultural*. Barcelona, Gedisa. 2003. Trad. Gabriela Ventureira.

(...) la noción misma de bien común es problemática, porque, por más que la pertenencia o la no pertenencia a la red quede en gran medida indeterminada, se ignora entre quiénes podría ponerse en “común” un “bien”, así como, del mismo modo, entre quiénes podría establecerse una balanza de justicia.¹³

Se hace problemático entonces situar en la movilidad el lugar de creación desde el que imaginar otros modos de vida. El hecho mismo de que sea posible la enunciación de esos modos de vida implica el cuestionamiento de la movilidad como valor incuestionable para dar paso a la exploración de sus propias dimensiones simbólicas y a la negociación de nuevas subjetividades. Si no es posible abrir paréntesis, espacios de demora y recusación entonces tales reclamaciones son conducidas directamente del polo del *sí mismo sin lugar* al de su congelamiento en el del no lugar, donde la crítica a la movilidad transfronteriza -y a la temporalidad sin fisuras de la conectividad global con la que está asociada- se administra en términos de retención y silenciamiento.

Si la movilidad no es simplemente el pretexto para la multiplicación ubicua de nuevos dispositivos de control, sino una posibilidad de acceder a ciertos márgenes de libertad e imaginación social -a los que estaba ligada en las contestaciones al orden capitalista hasta los años sesenta del siglo pasado- necesita ser declinada en espacios desde los que sea posible la reapropiación de esas lógicas en red, de forma que éstas no sean sinónimas de la multiplicación masiva de las conexiones y la completa disponibilidad que demandan. La imaginación en el contexto de la producción de conocimientos ha de articularse, según Appadurai, con una idea de investigación capaz de dar cuenta de las relaciones entre la globalización de los conocimientos y los conocimientos de la globalización¹⁴. En la medida en que la idea de investigación implica la asunción de un esfuerzo y un compromiso colectivo con la producción regular de nuevos conocimientos, así como con una comunidad de investigadores, debe de plantearse una ética en el marco de la internacionalización y la democratización dentro del cual ésta se formule como cuestión central. Tal cuestión favorece la puesta en primer plano de problemas relativos al tipo de vínculos transfronterizos y transdisciplinarios que tal comunidad genera. Problemas como si el debilitamiento de las fronteras entre disciplinas o regiones no es también una operación de reforzamiento de ciertas teleologías del consenso que bloquean la heterogeneidad de los discursos locales

¹³ Véase Luc Boltanski y Ève Chiapello, *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid, Akal. 2002. Trad. María Pérez Colina, Alberto Riesco Sanz y Raúl Sánchez Cediillo. Pág. 158.

¹⁴ Arjun Appadurai. Op. Cit.

-sin olvidar que es la existencia de una comunidad internacional la que facilita a las epistemologías subalternas el medirse con las complejidades de la globalización.

Quizás haya sido en los estudios culturales -si se quiere, aunque no completamente, a partir del “giro Stuart Hall”- donde haya tomado mayor protagonismo el problema de lo local en relación al conocimiento contemporáneo. Como señala Stephen Melville la insistencia en lo local ha sido uno de los rasgos centrales en la emergencia de los estudios culturales y lo sigue siendo para el estatuto actual de los estudios visuales. Para Melville, sin embargo, el problema de lo local plantea principalmente un desplazamiento hacia un espacio de incertidumbre que no encuentra sus fundamentos ni en la celebración de la movilidad interconectada ni en la administración académica de lo multidisciplinar¹⁵.

El “descentramiento” de lo local remite de nuevo al espacio no fundamentado desde el que es posible la práctica de la imaginación social así como del análisis de su significancia cultural y simbólica. En el contexto de la universidad ese espacio no es otro que aquel de la “universidad sin condición” propuesto por Jacques Derrida¹⁶. Si los estudios culturales -como los estudios visuales o el análisis cultural- son una respuesta a lo que Bill Readings llamó la “universidad de la excelencia”, es decir, una contestación a la deriva de la universidad de la cultura hacia la cultura de la especialización -*un lugar sin sí mismo*- el rasgo central de esa crítica es la demanda a la universidad de que sea capaz de habitar ese espacio intersocial entre la idealización de la movilidad de los saberes del capitalismo cognitivo y la administración multidisciplinar de ese dinamismo y, desde su falta de fundamentos -más bien precisamente por ello- de inventar nuevas ideas de investigación, de análisis crítico o de interpretación¹⁷. Que la universidad actual sea receptiva -y que lo sea no es algo que se pueda dar por sentado¹⁸- a ese llamamiento a desmarcarse de las lógicas del capitalismo cognitivo depende de factores locales que han de medirse con procesos masivos de interpenetración de la economía y la cultura. Se trata de plantear la posibilidad de un espacio desde el que pensar la movilidad y sus límites:

¹⁵ Véase Stephen Melville, *El giro entre las ruinas*, en Estudios Visuales#2. Murcia, CENDEAC. diciembre 2004. Págs. 109-121.

¹⁶ Véase Jacques Derrida, *La universidad sin condición*, en www.jacquesderrida.com/textos/universidad-sin-condicion.html Trad. Cristina Peretti y Paco Vidarte. Véase José Luis Brea, *La universidad del conocimiento y las nuevas humanidades#2*. Murcia, Cendeac, diciembre 2004.

¹⁷ Véase Bill Readings, *The University in Ruins*. Harvard, Harvard University Press, 1997.

¹⁸ Que lo sea efectivamente sería el primer objetivo de las demandas por la incondicionalidad de la institución universitaria, no un punto de partida ya conquistado de antemano.

(...) partiendo de una clase de “fundamento” totalmente distinto (en realidad sin la posibilidad de contar con un fundamento que determine y garantice la relación). Pensar conforme a este punto de vista significa sugerir un “modelo” no preceptivo del multiculturalismo y la comunidad.¹⁹

La geopolítica del arte y la idea de proyecto.

La configuración actual del sistema mundial del arte ha de entenderse desde la intensa transformación que ha venido afectando a la esfera de las prácticas culturales, la imagen y la representación en el contexto de la globalización. Se trata de una extensión de los rangos de incidencia de las prácticas de creación de significado y de su puesta en circulación que somete a las prácticas artísticas a un auténtico desbordamiento de sus marcos formales y materiales. Al ocupar la visualidad un papel central en ese descentramiento se hace necesario aproximarse al conjunto de prácticas y objetos -junto con sus delimitaciones institucionales y académicas- de los artscapes actuales en el horizonte de las culturas visuales contemporáneas.

Por ello una aproximación a la geopolítica del arte debe de plantearse en relación con el estatuto actual de la imagen y la representación. Ambos regímenes están ordenados en torno a los ejes de lo global y lo local y del *sí mismo sin lugar* y el lugar *sin sí mismo*. La desaparición de soportes estables que caracteriza a la imagen electrónica remite a una *imagen móvil sin lugar* y a un *lugar sin imagen* como resultado del debilitamiento de la relevancia simbólica y política de la imagen causada precisamente por su ubicuidad global y por su (auto) evidencia masiva. En relación con esto el “scape” de las artes se encuentra tensado entre la movilidad transfronteriza y transinstitucional de los objetos y prácticas considerados artísticos así como de la multiplicidad de sus agentes -artistas, gestores, curadores, audiencias...- y el lugar cada vez más deponteciado desde el que hasta fecha reciente se enunciaban los discursos de historia y análisis del arte, la institución universitaria y académica. Me gustaría proponer en ambos casos la posibilidad de espacios intermedios desde los que sea posible el cuestionamiento de ambas lógicas. No obstante están entrelazadas, y si el arte contemporáneo puede hoy seguir teniendo relevancia para la acción y la reflexión política es en la medida en que sea capaz de cuestionar ese orden de la imagen autoevidente. Al hacerlo le sería posible replantearse sus propios espacios de legitimidad y el reconocimiento de los sistemas de sostenimiento de esa geopolítica que,

¹⁹ Scott Michaelsen y David E. Johnson Op. Cit. Pág. 27.

precisamente, por el régimen actual de la imagen hipertrofiada no puede abordarse ya en el marco de la crítica institucional planteada por discursos y prácticas provenientes del conceptualismo. En otras palabras, las prácticas artísticas contemporáneas de crítica e intervención institucional no pueden ya organizarse en base a una lógica del desvelamiento de los intereses ocultos de la institución arte ya que éstos son precisamente los que la institución arte expone abiertamente; por ejemplo, el museo como imagen de marca empresarial. Lo que ves es lo que hay.

La movilidad global concierne actualmente no sólo a personas, objetos o conocimientos sino también a los marcos de representación social, colectiva e individual, por los que aquellos circulan. La relevancia que la movilidad ha adquirido en los procesos globales de producción y exhibición del arte contemporáneo debe de ponerse en relación con procesos de representación cultural y política organizados en torno a las intermediaciones comunicativas de la imagen. Así, una aproximación reflexiva a la geopolítica del arte partiría de la crítica a la representación regida por los regímenes espectaculares que organizan la visualidad contemporánea. Pero tal crítica no alcanzará relevancia si no reconoce que las lógicas del espectáculo funcionan no por ocultamiento sino por la configuración de un orden de presencia masiva de la imagen en los mundos de vida. En este sentido la posibilidad de imaginar espacios intersiciales de resistencia al régimen escópico del espectáculo contemporáneo ha de entenderse desde dentro -y no desde de una supuesta exterioridad- del campo de tensión definido por la movilidad ubicua de la imagen y los no lugares despolitizados de su institucionalización. Se trata de declinar la diferencia en ese orden clausurado de movilidad, es decir, apropiarse de las lógicas de producción y circulación de la imagen contemporánea plegándolas sobre sí mismas. Tal operación problematizaría también el eje de lo local y lo global, estimulando el descentramiento de oposiciones que refuerzan y debilitan simultáneamente lo local en términos de no lugar y la generación de dispositivos de enunciación locales capaces de medirse con escalas globales, exponiéndolas a los órdenes disyuntivos sobre los que funcionan y se reproducen planetariamente.

La cuestión que concierne a las prácticas artísticas contemporáneas es entonces si es posible complicar el régimen espectacular revolviendo contra él una imagen que, sin embargo, ya ha vaciado políticamente²⁰. Si, como parece, la imagen ha llegado a ser el

²⁰ Sobre el debilitamiento político simbólico de la imagen véase Pedro A. Cruz Sánchez, *La muerte (in)visible. Verdad, ficción y posficción en la imagen contemporánea*. Murcia, Tabularium, 2005.

instrumento central de reproducción de las lógicas de la espectacularización el punto de partida del que partiría la tarea de contestación a tales lógicas sería el de que la imagen contemporánea no oculta nada al mostrarse sino que, disminuidas sus potencialidades de mediación comunicativa, la imagen se exhibe a sí misma espectacularmente en el proceso de su propia producción y movilidad transfronteriza. Es la propia puesta en espectáculo no ya de una u otra imagen sino del mismo proceso de su interminable acumulación, reproducción y circulación. En este sentido una estrategia crítica de las prácticas artísticas se definiría como la tarea de levantar dispositivos de visualidad capaces de abrir espacios intermedios desde donde despegar a esa imagen de su regulación espectacular -*visibilizar lo visible*, recuperando en la imagen una mínima diferencia y acaso un trazo de verdad-. Obrar momentos de suspensión, desde los que las retóricas y los imaginarios de la movilidad revelen las espacialidades y temporalidades homogéneas sobre las que se construyen para apropiarse de la movilidad como oportunidad para la enunciación colectiva de la imaginación social.

Se plantea entonces en qué formas, y con qué intensidad, podrían incidir estas estrategias en la cultura y en los mundos de vida contemporáneos. Volviendo a Appadurai, recordemos que los lugares desde los que es posible la imaginación y la productividad social son precisamente los de lo cotidiano:

La imaginación es actualmente una parte crítica de la vida colectiva, social y cotidiana y también (...) una forma de trabajo. Esto significa que la vida social cotidiana de las comunidades en todo el mundo ha creado nuevos recursos para el funcionamiento de la imaginación en todos los órdenes de la vida social²¹.

El conjunto de prácticas que podrían incluirse en torno a esa productividad de la imaginación cotidiana son relegadas en la lógica espectacular a la insignificancia por su incómoda inserción en la acumulación lineal de lugares y momentos. Efectivamente, lo cotidiano puede ser el lugar incierto entre el *sí mismo sin lugar* y el lugar *sin sí mismo* que aporte formas nuevas de pensar y practicar la localidad. Ésta no es un elemento previo a la globalización que en la situación actual se encuentre en peligro de desaparición sino el proceso de producción de su propia constitución, “un producto especialmente frágil en

²¹ Arjun Appadurai, La globalización y la imaginación en la investigación, en www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/GLOBALIZACION%20%20IMAGINACION.pdf Pág. 4. (Consultado en septiembre de 2008).

una época en que los medios de comunicación, las migraciones y la necesidad de una disciplina nacional dificultan cada vez más la producción de rasgos locales.”²²

Llegados a este punto la pregunta sería en qué medida es receptivo el sistema mundial del arte a la hora de asumir tal tarea. Es decir, si es posible que el orden del arte sea capaz de abordar estos problemas más allá de su resolución espectacular en el circuito global de exposiciones y bienales. ¿De qué modo gestiona el sistema mundial del arte las relaciones entre lo global y lo local? En términos generales parece que el conjunto de agentes de ese sistema -coleccionistas, artistas, curadores...- haya asumido las lógicas de la movilidad, de los *sí mismos sin lugar*, fijando en la exhibición de su propia circulación transversal los discursos acerca de las nuevas cartografías de la diversidad. Por otro lado se encuentra el polo del *lugar sin sí mismo* ocupado por la instancia que tradicionalmente ha venido elaborando las herramientas teóricas de juicio e interpretación: la institución universitaria.

Reconociendo que ese desplazamiento de los dispositivos de crítica hacia las lógicas institucionales de la gestión cultural presenta diferencias en sus inserciones locales se trata a la vez de un fenómeno de mayor escala: participa en la propia constitución de lo que llamamos geopolítica mundial del arte, construida sobre la idealización de la movilidad transfronteriza y articulada con el movimiento de redefinición administrativa de la universidad como universidad de la excelencia, no lugar, en palabras de Melville, del conocimiento de la administración²³. Se trata de procesos que hay que entender dentro de desplazamientos globales como los de la penetración masiva de las lógicas del capital, de la racionalización económica y de los modos industriales en las culturas y los imaginarios. Incluso en los contextos político sociales donde la institución cultural se presente como única referencia frente al allanamiento mediático se hacen necesarias operaciones de descentramiento que tengan como fondo esas transformaciones globales para posibilitar el cuestionamiento de sus propias dependencias y la multiplicación de espacios de crítica, “*scapes*” de reflexión.

La geopolítica del arte está entrelazada con las políticas transculturales de la representación y la movilidad de los imaginarios. Los mecanismos de producción y distribución del arte contemporáneo se articulan con la movilidad de los capitales cognitivos y simbólicos. De

²² Arjun Appadurai. Ibid. Pág. 5.

²³ Stephen Melville. Op. Cit.

este modo la globalización se gestiona a través de los circuitos internacionales del arte en torno a la acumulación lineal -bajo la retórica expositiva de la interconectividad- de localidades y globalidades, discursos dominantes y subalternos, para cristalizar en una suerte de estilo transnacional dentro del que se fetichiza la movilidad de artistas y curadores como nueva forma de autonomía artística. Se llevan a cabo así operaciones omniabarcantes cuyo objetivo es la absorción de lo periférico y lo marginal. Esta forma de archivo sin límites es la que reproduce la lógica del multiculturalismo en el sistema mundial del arte, sus formas de inclusión y sujeción, reformuladas aquí como discurso estético.

Volviendo al eje entre *sí mismos sin lugar* y *lugares sin sí mismos*; cualquier cuestionamiento de la movilidad es directamente remitido al extremo de una vaciada institución académica cuya significancia crítico social se encuentra disminuida. La recusación del inmovilismo académico se resuelve en la reubicación de unas u otras potencialidades críticas dentro de una institución artística que la mayor parte de las veces es incapaz de proporcionar los dispositivos de enunciación adecuados para desarrollarlos. ¿Qué intersicios pueden abrirse entre ambos polos? Si en el contexto de los conocimientos contemporáneos se propuso una revalorización de la idea de investigación, en el de la geopolítica del arte se podría plantear una recuperación de la idea de proyecto.

En su análisis de la literatura empresarial del capitalismo actual Boltanski y Chiapello subrayan que las lógicas en red reconfiguran la vida social contemporánea como multiplicación de conexiones transitorias, disponibles en todo momento, que comprometen a una gran variedad de grupos sociales²⁴. La forma en la que se articulan tales vinculaciones heterogéneas es precisamente el proyecto, a través del cual se encuentran en tiempo real distintas personas, poniéndose en funcionamiento una intensa conectividad mutua. Se hace posible así que las sucesivas conexiones sean acumulables transitoriamente convirtiendo al proyecto en una instancia de creación de valor y punto de partida para la ampliación de las conexiones. De este modo la idea de proyecto, con sus estrategias de trabajo en común en busca del éxito, participa en la creación de un sistema de juicios y valores. Lo que Boltanski y Chiapello llaman “ciudad por proyectos” es precisamente ese aparato justificativo construido en base a la lógica en red y a los ciclos de proyectos. Ese conjunto de justificaciones está dirigido a sostener el propio funcionamiento en red, introduciendo en éste cierta idea de justicia que no puede garantizar por sí mismo. El proyecto es:

²⁴ Véase Luc Boltanski y Ève Chiapello. Op. Cit. Pág. 155.

Una formación de compromiso entre exigencias que se presentan a priori como antagónicas: las que se derivan de la representación en red y aquellas que son inherentes al propósito de dotarse de una forma que permita enunciar juicios y generar órdenes justificados.²⁵

Así, la idea de proyecto reclama a la representación reticular del mundo -en la que a la vez participa y a la que legitima- un repliegue reflexivo que haga posible los juicios comunes. Por otro lado, la tensión de esta idea de proyecto entre los paradigmas de circulación absoluta en red y su regulación transitoria potencia el surgimiento de lo que Boltanski y Chiapello llaman la figura del “hacedor de red”, el mediador.

Lo notable de esa figura es que su actividad de mediación se ha convertido en un valor en sí y que tal actividad se ha convertido en autónoma. Es importante entender la mediación como *actividad*, pues ésta es lo que funciona como equivalente general en la ciudad por proyectos. La actividad es el correlato de una movilidad generalizada en la que el trabajo es entendido como conjunto de actividades que es preciso gestionar con la prioridad de flexibilizar los tránsitos entre diferentes actividades. Éstas están organizadas como proyectos de todo tipo que se desarrollan incesantemente, funcionando el proyecto como el dispositivo transitorio de articulación entre unas y otras actividades. De nuevo lo importante no es en qué clase de actividades se implica cada uno sino el hecho mismo de transitar entre ellas, lo que indica una disponibilidad absoluta para participar en nuevos proyectos cuyo conjunto compondría un proyecto vital. Lo que aquí resulta debilitado es cualquier horizonte de compromiso, entendido éste como implicación en un proyecto -más bien hay que anticipar su cumplimiento, para dar paso inmediatamente al siguiente. Todo puede ser proyecto, y de hecho debe de serlo para alcanzar cierta dignidad: participar en un proyecto es la condición necesaria para encontrar sitio en el siguiente.

Señalar que es así cómo se mueve el sistema del arte puede ser tanto una obviedad como una generalización. Sin embargo se trataría de nuevo de un problema de escalas. Las inserciones locales y regionales deberían de ser analizadas en sus correspondientes contextos pero midiéndose simultáneamente con las proporciones que ha tomado la penetración de la lógica empresarial en la esfera de las artes. Postular un afuera -en este caso local- a esos desplazamientos reproduce esos órdenes del proyecto dentro de los que pueden convivir pluralmente las rebeldías y las llamadas al orden. La geopolítica mundial del arte crea y distribuye también los espacios desde donde se espera y exige que lo local o lo

²⁵ Boltanski y Chiapello. Ibid. Pág. 159.

periférico sea enunciado. La curaduría actual ha adoptado esa autonomización de la mediación a través de la cual la multiplicación de redes transfronterizas, la propia movilidad de los agentes y la participación incesante en unos u otros proyectos, en este caso artísticos, es automáticamente considerada como prestigiosa sin dejar espacio para repliegue reflexivo alguno. ¿Cabría recordar que la figura del curador surgió en un primer momento a partir de la alianza de ciertas derivas teóricas con prácticas artísticas -por ejemplo el conceptualismo- en las que era central el cuestionamiento crítico de las estructuras de apoyo del sistema de las artes?

La recuperación de una cierta idea de proyecto está atrapada entre la movilidad ilimitada de las conexiones -a las que sirve como dispositivo de articulación- y el temor de que impugnar esa movilidad cristalice en alguna retórica utópico idealista. Sin embargo la pregunta es si la movilidad responde actualmente a las demandas de liberación a raíz de las cuales el nuevo espíritu capitalismo se *movilizó* integralmente para reinventarse como sistema flexible capaz de reabsorber incesantemente unas u otras contestaciones. Extraer una diferencia en la idea de proyecto para separarla de las lógicas de racionalidad económico empresarial en las que está envuelta en la actualidad -en un panorama general de instrumentalización de las mediaciones- significaría, como proponen Boltanski y Chiapello, interrumpir el ritmo de las conexiones -sin que ello remita a la exclusión de aquellos que no se muestren disponibles-, demorar los plazos y multiplicar las posibilidades del proyecto -desterrando las ansiedades en torno a la propiedad de las innovaciones y al reconocimiento social y profesional- o espaciar las pruebas para su aprobación en determinados contextos públicos o profesionales- esto es, retrasar el momento de implicación en el siguiente proyecto e intensificar el de compromiso con el corriente²⁶.

Para ello se necesita abrir intersicios desde los que ejercer esa multiplicación de posibilidades en principio no percibidas. Volviendo al eje definido por el extremo de la movilidad absoluta del sistema mundial del arte -*sí mismo sin lugar*- y el del no lugar de paso de la institución académica, es necesario interrumpir la lógica endurecida por la que se reformula la crítica y la interpretación como gestión cultural en la universidad de la excelencia y fomentar que la escena académica emprenda la aproximación interpretativa de los cambios que afectan al sistema arte y de las razones por las que ha perdido relevancia en él. Por ello están entrelazadas la idea de investigación y la de proyecto, pues el proponer otras polarizaciones se llevaría a cabo en ambos casos desde una incondicionalidad y una independencia siempre por construir.

²⁶ Boltanski y Chiapello. Ibid. Pág. 593.

La idea de proyecto, es, imaginada desde lo intersocial y lo incondicional, ensayo y disposición a reconstruir los dispositivos críticos antagonicos que iluminen la complejidad actual. En este sentido el proyecto es exposición a la incertidumbre así como compromiso con la ampliación de lo real. Acaso sea pertinente señalar que la tarea que se convocaría aquí tendría que ver, como señalara Francisco Jarauta recordando a Robert Musil, con la disponibilidad ensayística tal y como la entendía el escritor austriaco, es decir, el asomarse a la multiplicidad de significados de la escritura entendida como experimento. Esta tarea teórico-ensayística, continuaba Jarauta, sería más decisiva que aquella otra *artística* -cuando parece que ésta no puede ir más allá de la participación no antitética en su escena de legitimación, reconociéndose en la forma acabada de su reificación mercantilizada. En el horizonte del esfuerzo ensayístico aparecen conjuntos de soluciones particulares que demandan su constante modificación, su apropiación como innovación sucesiva: lo que se manifiesta en ese horizonte no clausurado es la exigencia de la proposición, de la posibilidad y del gesto exacto²⁷. Desde ese espacio experimental se podrían volver a imaginar las complicidades que inclinan a la práctica artística no hacia la afirmación del contexto de movilidad institucional-consensual sobre el que se apoya sino hacia el reconocimiento de que la tarea de producción del sentido se lleva a cabo siempre más allá de la obra, en su propio *diferirse*.

La globalización y la idea de creación.

Las ideas de investigación y de proyecto -junto con una multiplicidad de *ideas de* cuya labor de redefinición es urgente abordar- han de ponerse en relación con una cierta idea de creación. En primer lugar, todo espacio crítico desde el que sea posible imaginar otras polarizaciones críticas es un espacio del acontecimiento, un espacio efectivo de poïesis desde el que se invita al esfuerzo de estar a la altura del presente y de crear (el) mundo. En segundo lugar, la globalización, en los términos que emplea Jean Luc Nancy, es a la vez mundialización y mundanización, lo que llama a una tarea de creación del mundo a partir de las resonancias entre creación y globalización entendiendo cómo, al mismo tiempo, ambas se excluyen mutuamente²⁸. Los desplazamientos que esta articulación entre

²⁷ Véase Francisco Jarauta, *Extranjeros a pesar de todo*, en Francisco Jarauta (ed.) *Conceptos, miradas sobre la época*. Arteleku, Diputación Foral de Guipúzcoa, San Sebastián, 1995. Págs. 99-110. Robert Musil, *Ensayos y conferencias*. Madrid. Visor, 1992. Págs. 339-342. Este es el sentido de proyecto en que unos estudios visuales que no se limitaran a ser una rama académica especializada en la imagen podrían reconocerse. Véase José Luis Brea, *Estética, Historia del Arte, Estudios Visuales*, en Estudios Visuales#3. Murcia, Cendeac, diciembre 2005. Págs. 8-26.

²⁸ Véase Jean Luc Nancy, *La creación del mundo o la mundialización*. Paidós, Barcelona. 2002. Trad. Pablo Perera.

mundanidad y mundialización pone en marcha se exponen aquí como inmanencia y universalización del valor remitiendo a la creación como *no-razón* del mundo. Si el mundo es crecimiento a partir de nada y crecimiento de nada la creación del mundo no dependerá de más que de aquello que no le es dado más que de sí mismo. En cuanto que acontecimientos, tanto la creación del mundo como la eternidad de la materia -en la cual la creación mundana ha de reconocerse necesariamente- no son representaciones que podrían oponerse, sino los dos aconteceres complementarios sobre los que se levanta la certeza única de que no hay otro mundo, ni otro espacio-tiempo, que no sea el de nuestro mundo. Así, el sentido del mundo se crea dentro de él como espacio que obra en su interior, sin remitirse a otra exterioridad ni a otra significación ya dada. El sentido, como dirección y contenido -como *compostura, ethos, habitus*, del mundo- se encontrará siempre por ser creado. La globalización, en cuanto que circulación mundial de la sin-razón, es la posibilidad de superar la instauración de la equivalencia general del sentido sobre la que aquella se apoya y se construye como nada ilimitada. La creación de sentido, que no puede pensarse ya sin la globalización, pero tampoco en complicidad con ella:

(...) exige sus formas, sus invenciones de formas, así como las pautas de su intercambio. La mundialidad, en este caso, es la forma de las formas que demanda ser ella misma creada, es decir, no solamente producida en la ausencia de todo antecedente, sino sostenida infinitamente más allá de todo antecedente posible²⁹.

Idea de creación como producción del sentido en el desplazamiento del lugar sin lugar y de su acontecer; establecimiento de localidad como marco conflictivo sin fundamento desde el que impugnar la comunicabilidad consensuada planetariamente. La idea de creación se organiza como el acontecimiento de la apertura de los espacios de disenso capaces de *dar un mundo* en el interior de una igualación en la que parece agotarse lo real. La globalización, circulación transfronteriza de lo sin lugar, es también la posibilidad y la dificultad de declinar la nada sobre la que aquella crece como la excesiva tarea de creación del mundo, cada vez y siempre como primera y última vez, todas las mañanas del mundo. ■

²⁹ Jean Luc Nancy. Ibid. Pág. 50.